

Concurso para el Palacio de Festivales de Santander

Ya se había dado noticia en el número pasado del resultado del concurso restringido para el Palacio de los Festivales de Santander, en el que fue elegida la idea de Francisco Javier Sáenz de Oíza por el Gobierno regional de Cantabria, después de los informes de los miembros de una comisión formada al efecto*.

Publicamos el conjunto de ideas, precedidos de un corto comentario de José Ignacio Villamor, arquitecto de Santander, representante de los concursantes en la comisión.

* * *

Con fecha reciente ha sido realizado el encargo del proyecto del futuro Palacio de Festivales de Santander, encargo que se hace después de resuelto el concurso de ideas convocado por el Gobierno regional de Cantabria, al que se accedía por invitación. Como es conocido, el edificio será construido por Francisco Javier Sáenz de Oíza y cuando esté terminado se verá satisfecha una de las más viejas aspiraciones de esta ciudad. Vayan estas líneas como comentario general a los trabajos con motivo de su publicación.

La primera cuestión que me gustaría destacar es la dificultad que se deriva del programa. Creo que la extensa lista de actividades que se pretende se realicen en este Palacio de los Festivales plantea al edificio un problema de identidad. La obligada flexibilidad que, desde la realidad del festival de verano se impone, iba, a mi entender, en perjuicio de los más valientes planteamientos y de la deseable claridad formal, sobre todo en lo que al proyecto de la gran sala se refiere. La tentación de planteamientos posibilistas, pocas veces justificables y casi nunca bien resueltos, debiera ser rechazada frente a otros en los que la precisa definición y el carácter de la sala fuera una necesidad irrenunciable.

El otro punto importante a la hora de afrontar el proyecto venía, a mi entender, motivado por la inadecuación del solar para soportar con dignidad un edificio, que al igual que otros edificios singulares de la ciudad, merecía una mayor libertad para poder disponerse en el terreno. La obligación a tener que competir, en situación de inferioridad, con la contigua Escuela de la Marina Mercante, la escasez dimensional, que perjudica directamente al diseño de la sala, así como unas molestas medianeras, no ofrecían un cómodo comienzo.

A mi juicio, la propuesta más atrayente, tanto en el esquema y disposición de la sala como en el preciso diseño (como si de un trabajo de orfebre se tratara) de las diversas circunstancias formales del proyecto, es la de Juan Navarro. Creo que es un acierto la manera en la que el edificio se apoya en el borde del puerto, que es un acierto la variedad de accesos y recorridos planteados, así como creo también un acierto la pretendidamente sencilla formalización del volumen del edificio, llena de referencias, que demuestran una gran maestría.

Pero quizá resida la inviabilidad del proyecto precisamente en aquello que de más valor tiene. El voluntario rechazo al

aprovechamiento de la totalidad del solar, unido a lo rígido del esquema, no parecían poder adecuarse al exagerado aforo pedido y a la multiplicidad de espectáculos que un festival tan variopinto tiene.

Quizá sea la propuesta de García de Paredes aquella que ofrece un proyecto de sala más sólido, donde se aprecia claramente la experiencia acumulada. Pero este esfuerzo realizado en su diseño no se ve acompañado por una solución concreta y decidida de problemas tan importantes como son la respuesta del edificio a la ciudad, sus ingresos y recorridos, la presencia de éste en el entorno de la bahía y, en general, los derivados de la volumetría general.

Sáenz de Oíza sorprende, como ya es tradicional, con una apuesta directa por la forma, no sólo de la envolvente del edificio, sino también por la forma de la sala, forma capaz de absorber en su rotundidad y precisión aspectos como la acústica, la iluminación y la adecuación a diferentes usos. Un rechazo frontal de los edificios sin forma. Un tremendo impacto en el retorno que silencia cualquier tipo de diálogo. Una aventura que, finalizada con éxito, dotará a la ciudad de uno de sus elementos más característicos.

Apuesta formal como la realizada por Lomba y Malo, donde una preciosa idea del edificio como faro no se ve acompañada de un esfuerzo por llevar esa singularidad a todos los demás aspectos del proyecto, recurriendo a soluciones convencionales en el planteamiento de la sala.

A la vista de todos los trabajos, aparecía el de Rafael Moneo como el valor más sólido, entendiendo el edificio como un pabellón sin articulación alguna y donde se confía a la fachada hacia el mar toda respuesta compositiva. Esta claridad conceptual unida a una correctísima disposición de los elementos dentro del sólido capaz hacía, y no creo cometer una indiscreción al decirlo, pensar a los arquitectos miembros de la comisión asesora en el trabajo de Moneo como el merecedor más claro del encargo.

Las propuestas de Luis de la Fuente y de Pedro Arbea, tan excesivamente academicista y falta de ambición la una, y tan esquemática la otra, completan con las anteriores el número de los trabajos presentados sobre los que una comisión de muy variada composición elevó informe al Gobierno regional.

No quiero terminar este escrito sin desear, como arquitecto y como santanderino, a Francisco Sáenz de Oíza, el más grande de los éxitos en este importante trabajo.

J. I. Villamor

* Los arquitectos de la comisión, en la que había otros tres miembros no arquitectos, fueron: Francisco de Asís Cabrero, en representación del Colegio de Cantabria; José María Páez, por la consejería de Cultura del Colegio regional; Antonio González-Capitel, en sustitución de Dionisio Hernández Gil y representando al director general de Música y Teatro, y José Ignacio Villamor en representación de los concursantes.